



D. VICENTE RESTREPO

Nació en Medellín el 3 de Febrero de 1837.

✦ En Bogotá el 5 de Julio de 1899.

DISCURSO

DEL

SOCIO SEÑOR DOCTOR ANTONIO JOSÉ URIBE

Excelentísimo Señor Delegado ; Excelentísimo Señor Vicepresidentes de la República ; señores :

Ha sido costumbre que en estas reuniones solemnes el discurso reglamentario verse sobre alguna de las virtudes cristianas, á fin de despertar y avivar en el espíritu de los socios la práctica de las buenas obras, que así aprovechan á nuestros semejantes, como conducen por el camino de la perfección á quienes las ejercitan.

El inesperado y reciente fallecimiento del señor D. VICENTE RESTREPO; las eximias cualidades que le adornaron; la circunstancia excepcional de haber regido con singular tino nuestra Asociación durante ocho períodos consecutivos, y los inapreciables beneficios hechos por él á los desgraciados, determinaron á su sucesor á ordenarme que en esta vez el discurso tenga por objeto la vida del señor RESTREPO, personificación de muchas virtudes, sobre todo de la más acendrada caridad.

La sabia disposición del Reglamento que prohíbe encomiar los servicios de los socios vivos, no impide, nó,

hacer el elogio de los que, cargados de merecimientos, han fallecido cumpliendo como buenos su misión de bienhechores de los pobres. Por el contrario, nuestro Santo Patrono recomendaba esta fructuosa práctica á las diversas Misiones y á los Institutos que fundó, pues el recuento de las buenas obras de nuestros compañeros de labor, cuando ese recuento no puede despertar ya sentimientos de vanidad en ellos, estimula la imitación de saludables ejemplos.

Al aceptar el honroso encargo de ocupar esta tribuna, he obedecido la orden presidencial que se me dió, y he tenido en cuenta lo grato del tema sobre el cual debo hablaros.

Más bien que dirigiros un discurso con galas oratorias, bosquejaré, sólo á la ligera, los principales rasgos de la vida de nuestro llorado Presidente, como católico que fué, como patriota esclarecido, como hombre de ciencia, y, sobre todo, como eximio benefactor de los menesterosos.

Los estrechos vínculos que durante tantos años los ligaron al señor RESTREPO, os permitirán, así lo espero, escuchar con benevolencia la lectura de estas líneas, escritas en honor de su memoria.

I

La clave de aquella vida meritísima se encuentra en las enseñanzas cristianas que en su niñez recibió el señor RESTREPO, enseñanzas que dejaron en él indeleble recuerdo, y en la educación, esencialmente religiosa, que durante su juventud se le dió en uno de los mejores y más simpáticos institutos de Francia.

Nació, en efecto, de una familia de costumbres patriarcales, en el seno de la cual, con el santo amor y temor de Dios, la nobleza de los sentimientos, la laboriosidad y la rectitud en todo, se formaron muchos y distinguidos ciudadanos, verdadera legión de caballeros, en cuyos hogares la virtud crece como planta natural y fecunda.

A los catorce años de edad, el señor RESTREPO se trasladó á Londres, y de allí á Francia, con el objeto de continuar sus estudios. En unos breves apuntes íntimos que, sobre su juventud, dejó escritos para sus hijos, manifiesta, en términos sencillos, hasta dónde influyó en él la educación que recibiera :

“De regreso de los Pirineos á París, dice, llegó el momento de resolver sobre el acto más grave y trascendental de mi vida: la elección del Establecimiento en donde debía hacer mis estudios. Si digo el más grave, es porque este paso iba á marcar en adelante el giro definitivo de mis ideas, á decidir de mi porvenir, de mi felicidad, de mi vida entera. Cuando desciendo al fondo de mi conciencia, y vuelvo la mirada á los acontecimientos de mi vida, siento que una luz superior los ilumina, que una mano benéfica los dirige, aplanando las asperezas del camino y mostrándome los escollos para que los evite. Entonces mi corazón y mis ojos se alzan al Cielo para ofrecer á Dios mi humilde pero ferviente acción de gracias ; ÉL fué quien llevó al ánimo de los señores Fourquet el pensamiento de ponerme en el Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, el principal plantel de esa Orden, situado en Passy.

“ Mi vida en Passy fué inocente y pura. Allí recibí enseñanzas y ejemplos que imprimieron cierto sello á mi

carácter, que ni el tiempo ni los acontecimientos han borrado. Las ideas que se grabaron entonces en mi mente, han sido la base inalterable sobre la cual giró en lo sucesivo mi existencia. Los principios religiosos que entraron en mi corazón, lleno de fe, han quedado guardados en él como un santo depósito. Si no he tenido la fuerza de llevar una vida que pueda llamarse ejemplar, he procurado vivir cristianamente. He tenido la dicha de no abrigar jamás dudas respecto de la fe católica, á la que he dado mi más completa adhesión, adhesión que el estudio, los viajes y la experiencia han confirmado en mí. No estoy exento de pasiones, que me hubieran llevado al abismo, si no las hubiese refrenado. Ayudado de la gracia de Dios, dos cosas me han servido de medio eficaz para no dar torpes caídas: he evitado siempre las lecturas inmorales y he huido de insanas tentaciones.”

En Passy hizo serios estudios de Matemáticas, Historia, Literatura y Ciencias Naturales, y por su aprovechamiento y conducta ejemplar, obtuvo numerosos premios y distinciones honoríficas. En el último año fué nombrado Presidente de la Academia Literaria del Colegio, donde aún se conserva su retrato entre los de quienes han honrado el Instituto.

El señor RESTREPO mismo dice á sus hijos: “ Llegué á ser el primero, no porque fuera sobresaliente en ninguno de los ramos de enseñanza, sino porque mi constante consagración al estudio vencía las dificultades. Lo que me sucedió en el Colegio se ha repetido después: aunque dotado de aptitudes comunes, Dios me ha permitido salir generalmente airoso en mis empresas y en los puestos que he desempeñado. Esto se explica simplemente por los hábitos de laboriosidad que contraje desde

mi juventud y por cierto equilibrio en mis facultades, que me han preservado de toda exageración.”

Oh! sí, para sobresalir en el mundo no se requieren dotes extraordinarias: lo que importa es saber encaminar persistentemente al Bien y al Deber las que la Providencia nos concede. Esta serie de esfuerzos dirigidos á una obra buena, produce á la larga resultados asombrosos. Tal fué el secreto del señor RESTREPO en sus empresas industriales, en sus investigaciones científicas y, sobre todo, en su obra admirable como Presidente de nuestra Asociación.

Desde su juventud, el señor RESTREPO se acostumbró á no emprender nada sin invocar previamente el auxilio divino, y cada triunfo que obtenía, lo consagraba con una ferviente acción de gracias al Supremo dispensador de bienes. Por eso el Señor bendijo todas sus empresas.

El conocido escritor Smiles ha dedicado la mayor parte de sus libros á la educación del carácter, con el plausible objeto de formar individualidades enérgicas para la ruda lucha del mundo; pero, en lo general, la obra del pensador inglés tiende á sacar esa fuerza del desarrollo del yo, con más ó menos prescindencia del poder sobrenatural de la gracia. Nuestro lamentado consocio sabía que la sola voluntad humana alcanza muy poco, y así, ante todo, buscaba, en su ascensión por los senderos del Bien, las luces y la protección de lo Alto.

Tan hondas y gratas impresiones causaron en su espíritu la vida y las enseñanzas de los Hermanos Cristianos, que pensó en hacerse religioso: “En Passy, dice, tuve por muchos meses la idea de abrazar la vida religiosa; pensé entonces en el Instituto de los Hermanos

y dedicarme á la carrera de la enseñanza.” Aun cuando luégo desistió de aquel propósito, la verdad es que su vida entera, especialmente la de los últimos diez años, fué la de un apóstol que instruía no sólo con la palabra y con la pluma, sino principalmente con el ejemplo. En cuanto tenía de más generoso aquel noble impulso de su juventud, supo realizarlo dedicando sus días á la santificación de su alma y al servicio del prójimo. La semilla depositada entonces en el corazón del joven RESTREPO germinó y creció, como crece un árbol frondoso de opimos y abundantes frutos. Con razón, pues, alababa las inspiraciones de los que le llevaron al ilustre Instituto, que, como él dice, imprimió sello indeleble á su carácter.

Concluídos sus estudios en Passy, el señor RESTREPO marchó á París con el fin de hacer altos estudios de Química en el Laboratorio del sabio Pelouze. Hallábase entonces en la edad en que las pasiones se desencadenan con fuerza casi irresistible; sólo, disponiendo como disponía de abundantes recursos pecuniarios, su virtud se puso á prueba en aquella ciudad de deleites, en donde con tanta frecuencia naufragan hasta los más bien templados caracteres. Pero él supo huir de toda tentación; llevó una vida de trabajo, frugal y piadosa, prefiriendo, en las horas de descanso, oír los grandes oradores sagrados más bien que asistir á los teatros; jamás á una diversión sacrificó la práctica de sus ordinarios deberes religiosos.

Hizo luego estudios de Metalurgia en Freiberg, y, terminada así su carrera profesional, viajó por casi toda Europa, ampliando sus conocimientos. En Italia se propuso estudiar las grandes obras del arte cristiano, y en

Roma, especialmente, visitó con solícito interés los monumentos consagrados por el heroísmo de los mártires y todo lo que, para un creyente, hay de más hermoso en la capital del orbe católico.

Después de siete años de permanencia en Europa, regresó, en 1857, á la Patria, á la que siempre amó, á la cual consagró sus desvelos y por la cual supo imponerse sacrificios.

A poco fundó su hogar, que fué para él fuente perenne de purísimos goces, y desde el cual dió ejemplo de las virtudes domésticas que le rodearon del profundo afecto de los suyos y del respeto de sus conciudadanos: allí se refugió siempre que contra él se desencadenaron las tempestades del mundo.

Durante diez y siete años pasó consagrado á labores industriales, al establecimiento de importantes empresas de interés social y á la defensa de la fe católica.

Su laboriosidad era incomparable: el deseo de no perjudicar en lo mínimo los intereses de sus clientes, le imponía tareas tan duras, que minaron su salud: "En el largo lapso de tiempo, dice, que estuve al frente del Laboratorio químico, había pasado por mis manos todo el oro que producía Antioquia, cosa de treinta millones de pesos. Sentíame fatigado, pues la conciencia de la responsabilidad que pesaba sobre mí, hacía que me ocupase materialmente de todas las operaciones. Hubo días en que, después de haber pasado trabajando en los hornos desde las cinco de la mañana, sin detenerme más que el tiempo preciso para tomar algún alimento, continuaba haciendo los ensayos y luego calculando el valor de las barras que había fundido, hasta la una de la mañana, para volver al trabajo cuatro horas después. Esto se repe-

tía mensualmente, por seis ú ocho días consecutivos, de manera que yo quedaba extenuado como si hubiese sufrido una fiebre.”

En 1869 publicó un trabajo biográfico sobre el virtuosísimo sacerdote doctor Manuel Tirado Villa, muerto en casa del señor RESTREPO. En esta pieza, la mejor obra literaria que escribió y que, parcialmente, con el título *Las penas de una alma*, se reprodujo más tarde en selecta antología, pinta, con vívidos colores, el heroísmo con que el doctor Tirado soportó la cruel dolencia que le condujo al sepulcro. El largo martirio que tan de cerca presenció el señor RESTREPO, y la energía suprema con que aquella alma se elevó por encima del dolor, fortalecida por una fe profunda, conmovieron en lo más íntimo los nobles sentimientos del señor RESTREPO, acentuaron en él sus principios cristianos y le inspiraron aquellas páginas de profunda filosofía sobre la muerte, páginas escritas con el encendido verbo de los místicos católicos, de las cuales se destaca excelsa la figura del Ministro mártir.

Elegido Diputado á la Asamblea Legislativa de 1873, trabajó con ahinco por la fundación de la Escuela de Artes y Oficios, que tan útil había de ser después; por que se difundiese la enseñanza primaria, y por los establecimientos de Beneficencia, entre los cuales distribuyó sus sueldos. Propuso entonces que se dirigiera un Mensaje de adhesión filial á Su Santidad Pío IX, y así lo resolvió unánimemente la Asamblea.

Tocóle en 1877, al regreso de su segundo viaje á Europa, el honor de iniciar y de llevar á cabo, por encargo de una Junta de notables, el arreglo sobre la paz religiosa en el Estado de su nacimiento; merced á dicho arreglo, el Clero pudo salir á ejercer libremente su santo ministerio.

Desencadenada de nuevo, dos años más tarde, la guerra civil, fué desterrado, y por ello hubo de trasladarse con su familia á esta capital.

II

Los últimos veinte años de su vida los pasó el señor RESTREPO consagrado á trabajos científicos de la mayor importancia, al desempeño de elevados puestos públicos, y finalmente á la Sociedad Central de San Vicente de Paúl.

Hombre de profundos conocimientos, sirvió á la ciencia con estudios que hacen honor al país. Sus preciosos libros sobre la minería, la prehistoria y la historia colombianas, serán de los pocos que, por su mérito intrínseco, perduren entre las obras nacionales. El señor RESTREPO era hombre de conciencia en todo, y para publicar sus trabajos, se impuso la necesaria aunque no siempre acostumbrada tarea en tales casos, de la investigación y confrontación personal de documentos auténticos en los archivos de la República; sus libros, antes de ver la luz, pasaron por el crisol de la severa crítica de su autor, y así son obras de verdadera ciencia.

Un colombiano tan distinguido como él no podía quedar olvidado para los Dignatarios de la República, y, en efecto, en varias Administraciones sucesivas, se le llamó á ocupar los principales Ministerios de Estado.

Aun cuando sus inclinaciones lo alejaban de la política, aceptó aquellos puestos porque para él el servicio á la Patria era un deber ineludible; y la sirvió con absoluto desinterés, consagración é inteligencia, por lo cual permaneció, acaso mayor tiempo que otro alguno, en el ejercicio de sus funciones de Ministro.



Con este carácter le tocó sancionar el Concordato que vino á restablecer la armonía entre la Iglesia y el Gobierno y dió solución á los conflictos religiosos y legales que por mucho tiempo intranquilizaron las conciencias.

Por más puras que fueran sus intenciones, por más rectos que fuesen, como fueron, sus procedimientos de hombre público, claro está que no podía salir del proceloso mar de la política sin que contra él se levantaran las olas del odio y de la maledicencia, que le hicieron apurar indecibles amarguras.

Llenó de tristeza, se refugió en su hogar y entre sus libros, y, por cuanto algunos pocos de sus conciudadanos lo perseguían, él, después de perdonar cordialmente las ofensas, se consagró, ya en absoluto, al servicio del prójimo.

En aquellos días adversos, sintió sin duda en su alma toda la verdad, recibió todo el consuelo y siguió la enseñanza de estas bellísimas palabras de la *Imitación*, que deberíamos grabar en la memoria :

“ Bueno es que algunas veces nos sucedan cosas adversas, y vengan contrariedades, porque suelen atraer el hombre á sí mismo, para que se conozca desterrado y no ponga su esperanza en cosa alguna del mundo.

“ Bueno es que padezcamos á veces contradicciones, y que sientan de nosotros mal ó imperfectamente, aunque hagamos bien y tengamos buena intención. Estas cosas de ordinario nos ayudan á ser humildes y nos apartan de la vanagloria. Porque entonces mejor buscamos á Dios por testigo interior, cuando por de fuera somos despreciados de los hombres y no nos dan crédito.

“ Por eso debería uno afirmarse de tal manera en

Dios, que no le fuese necesario buscar muchas consolaciones humanas.”

En el espíritu del señor RESTREPO se agitaron, entonces como nunca, las ideas cristianas que en su infancia y en su juventud le infundieron; aquella vocación religiosa que sintió en el Colegio de Passy, resurgía con vigor en su alma, no ya para dedicarse á la enseñanza solamente, sino para aliviar todo género de humanas desventuras.

Como hermano de San Vicente de Paúl, confirmó los votos que había hecho de “consagrarse al servicio de su prójimo, en la práctica de las obras de Misericordia,” y, con fe de apóstol, encendido el corazón en el fuego de abrasada caridad, emprendió la obra extraordinaria que conocéis, que perdurará entre nosotros y que coronó, por modo admirable, la vida del señor RESTREPO.

En 1891 se le designó como Presidente de la Sociedad, y fué tal el acierto con que supo dirigirla y tan completa su consagración á ella que, en ocho períodos consecutivos, reeligiósele por unanimidad de votos.

Dios le había concedido bienes de fortuna; le había llenado de luces; le había colocado en alta posición social, con extensas relaciones é influencias, y él resolvió poner estos dones al servicio de los pobres, de los ignorantes, de los humildes y de los que en las cárceles expiaban sus culpas: así santificó los bienes que en abundancia le dió la Providencia.

Lejos de retirarse á gozar de la riqueza, renunció honrosas misiones á Europa, porque comprendía que la suya estaba aquí, entre los menesterosos. El, que no había sentido nunca los sufrimientos que atormentan á los pobres, á los huérfanos y á los que perecen en el

abandono, supo—lo que no siempre sabe el hombre feliz—compadecer á los desgraciados, y sacrificarse por ellos.

Su actividad en el ejercicio del bien fué ciertamente asombrosa: todas las obras que protege nuestra Asociación recibieron de él considerable impulso: aumentóse el número de las escuelas; nuevos asilos se crearon; casi se duplicó la cantidad destinada á las limosnas; subió el número de los contribuyentes; se regularizó más y más la visita á los encarcelados y á los enfermos, y por medio de frecuentes Ejercicios Espirituales, fomentados por la Sociedad, se hizo inapreciable bien á las almas, todo lo cual ha atraído para nuestra Asociación simpáticas que se manifiestan ora con crecidas donaciones, ora con la entrada de nuevos socios.

Nuestro eximio Presidente sabía multiplicarse para servir con más eficacia á la Sociedad, asistiendo á todas las Secciones, al Consejo y á las reuniones dominicales; visitando las escuelas, los talleres y los asilos. Como si tanta labor no bastase á su espíritu sediento de hacer el bien, convirtió su propia casa en despacho á donde acudían, de la mañana á la tarde, multitud de desgraciados. Siempre se le encontró con rostro de especial dulzura; todo el que tocó á sus puertas recibió una palabra amable, un consuelo y, si lo necesitaba, un auxilio. Jamás perdió la calma.

Perfecto conocedor de la historia de nuestra Sociedad; penetrado íntimamente del espíritu de nuestro Santo titular, y abarcando, como abarcaba, todos los detalles de este Instituto en su estado actual, siempre y dondequiera su consejo mostraba la solución acertada para toda dificultad. Y no sólo servía á los pobres, sino que,

comenzando la caridad por nosotros mismos, ningún socio se le acercó, en busca de un consuelo ó de una indicación, que no se despidiera de él agradecido y satisfecho.

En tanto tiempo como practicó la caridad, tuvo siempre delante, para imitarlo, al Patrono universal de ella, á San Vicente de Paúl; como él, hizo que la virtud excelsa brotara de su fe arraigada y sencilla; de su esperanza en Dios; de su amor al Criador; de su frecuente purificación en los altares de la Gracia; de la oración, la devoción y la piedad; de la dulzura, la sencillez y la humildad; pues, como dice San Francisco de Sales, la caridad no éntra jamás en un corazón que no aloje todo el séquito de las otras virtudes, ejercitándolas y poniéndolas en sus puestos, á la manera que lo hace un Capitán con sus soldados.

Al leer las Memorias que como Presidente escribió el señor RESTREPO, se observa que en 1892, cuando apenas hacía un año que dirigía la Sociedad, mostraba temores de que disminuyeran los recursos y de que se paralizara el progresivo desarrollo de esta obra santa; pero luégo su confianza en la mano munífica de la Providencia fué ilimitada: jamás preguntó, para socorrer á un desgraciado, si había ó nó fondos en la Caja de la Sociedad: él sabía que, al través de las vicisitudes políticas y sociales, un Poder sobrenatural ha venido protegiendo esta obra, y que, á la medida de las necesidades, han ido aumentando los recursos. Por eso pudo decir siempre que la Sociedad “no había dejado de aliviar una sola de las miserias de que había tenido conocimiento, ni desechado ninguna solicitud de auxilio debidamente justificada.”

Sobre el espíritu que ha de animar á los socios, nos decía en la Memoria de 1894: “A Dios se debe todo honor y toda gloria, pues es Él quien abre las manos de los ricos para que llenen con sus dádivas la Caja de los pobres, y toca nuestros corazones y mueve nuestros pies para que las distribuyamos á los menesterosos. En esta sesión solemne no vengo, pues, á elogiar méritos que nos sean propios; ninguna cosa buena nos atribuimos; todas nuestras obras las referimos á Dios, que es quien concede los bienes espirituales y temporales con infinita caridad. Bien quisiéramos, en obediencia al precepto de humildad, practicar en silencio la santa virtud del amor al prójimo, pero somos los administradores y dispensadores de las limosnas de las numerosas personas, más ó menos acomodadas, que prestan generoso apoyo á nuestras obras, y les debemos dar cuenta de nuestra administración.”

Su humildad fué completa: después de referirlo todo en primer término á Dios, lo demás lo atribuía al esfuerzo de los socios.

Así pasó el señor RESTREPO los últimos ocho años de su vida: entregado á sus libros y al servicio del prójimo. Dios le concedió la envidiable suerte de que pudiese compartir el tiempo entre el estudio, por el cual se ponía en diaria y gratísima comunión con los espíritus selectos, y entre el trato de los infelices, de los pobres de espíritu, en los cuales buscaba á Dios mismo.

Hoy hace un año, desde esta misma tribuna, como si presintiese su próximo fallecimiento, concluía su Memoria con las siguientes hermosísimas palabras, que tienen el carácter de una despedida y encierran sus votos y sus consejos finales: “Siete veces me habéis honrado encargán-

dome de la Presidencia de la Sociedad, á pesar de mis defectos ; permitid que exclame, lleno de gratitud : “*Ece quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!*” Oh ! qué dicha, qué dulzura, qué consuelo es vivir con hermanos que viven para amar y servir á Dios, que sirven á los pobres por amor á Él, y saben divisar en ellos la divina imagen de Jesucristo paciente, oculta bajo las apariencias de la indigencia, la desnudez y las enfermedades !

“ Si queremos vivir unidos en vínculo estrecho de paz, llevando la vida de caridad tan llena de santas emociones y tan fecunda en buenas obras, cumplamos puntualmente nuestros Reglamentos, que son el fruto de cuarenta años de observación y de práctica. El espíritu que anima todas sus disposiciones es el amor al prójimo, amor que se extiende á todas las edades y condiciones, amor que debe manifestarse con palabras de miel en nuestros labios y amplia caridad en nuestros corazones. Estrechemos también la caridad cristiana que debe unirnos como miembros de una misma Corporación, ayudándonos los unos á los otros, soportando mutuamente nuestros defectos y abundando en dulzura en nuestras relaciones. Así merecemos que Dios siga bendiciendo nuestras obras y haciendo producir frutos de salud, como lo hace constantemente.”

Once meses después, allá en apartada choza, acompañando á un moribundo, contrajo la enfermedad que en breves días le llevó á la tumba : en el lecho de donde no había de levantarse, escribió, con mano abrasada por la fiebre, varias indicaciones sobre lo que deberían hacer los socios encargados de distribuir limosnas : las últimas palpitations de su corazón fueron para la Sociedad que tanto amó.

El 5 de Julio, rodeado de los suyos, de varias Hermanas de la Caridad y de muchos de nuestros consocios, entregó tranquilamente su alma pura al Señor.

Esperemos que en la eterna Bienaventuranza se haya cumplido para él lo que nos decía al terminar su Memoria de 1894: “ Si nos fuera dado penetrar en el fondo del corazón de las personas á quienes hemos socorrido, ver cuántas lágrimas se han enjugado ; cuántas penas se han convertido en alegría ; cuántas almas laceradas por el dolor han vuelto á Dios purificadas y llenas de fe y de esperanza ; qué noble estímulo sería éste para perseverar en el bien ! Pero esta parte del cuadro quiere Dios velarla á nuestros entendimientos en esta vida mortal, para mostrárnosla en todo su esplendor en el Cielo.”

Sí, tengamos fe en que el alma de nuestro amado consocio ha recibido el galardón reservado para los que, imitando al Divino Jesús, pasan sobre la tierra haciendo el bien. El concierto de fervorosas preces que de mil y mil corazones agradecidos se elevan por él al Altísimo, aumentará su gloria.

Imitemos, como particulares y como socios, su vida ejemplar, y confiemos en que su espíritu continuará animando nuestras obras ; como ángel tutelar, velará siempre por ellas.

He concluído.